

Carpeta 171/24

# DISCURSO

LEÍDO EN LA

# UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN  
DEL CURSO ACADÉMICO  
DE 1927 A 1928

POR EL DOCTOR

D. Lorenzo Torremocha Téllez

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA



# DISCURSO

LEÍDO EN LA

# UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN  
DEL CURSO ACADÉMICO  
DE 1927 A 1928

POR EL DOCTOR

**D. Lorenzo Torremocha Téllez**

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA



EXPERIENCIAS  
DE SUGESTIÓN MENTAL A DISTANCIA

•

EXPERIENCIAS DE VISIÓN A TRAVÉS  
DE ALGUNOS CUERPOS OPACOS

EXCMO. SEÑOR:

SEÑORES:

## ELECCIÓN DE TEMA

### **Criterio ampliamente tolerante de la Universidad española**

Con fecha 9 de noviembre de 1926, recibí un oficio del Excmo. Sr. Rector, comunicándome que era yo el catedrático a quien por turno correspondía redactar y leer el discurso inaugural en la apertura del curso de 1927 a 1928, conforme a lo dispuesto en el artículo 84 del Reglamento de las Universidades del Reino.

Consulté el reglamento y el artículo citados en la comunicación, leí después la Ley de Instrucción pública y ví que en ninguna de las dos disposiciones fundamentales, reguladoras de la vida universitaria, se consignaban preceptos a los cuales debería atenerse el profesor para cumplir misión tan honrosa.

Pensé entonces que habría alguna disposición posterior a la ley y al reglamento antiguos, preceptiva para estos actos, y me dirigí a nuestro rector con mi consulta. Me ratificó que no existía disposición alguna, ni antigua ni moderna, referente al asunto que le consultaba; únicamente el artículo 84 del Reglamento de Universidades que se mencionaba en la comunicación que se me había dirigido.

Quedé sorprendido del criterio tan amplio, unánimemente mostrado por los múltiples legisladores, de ideologías tan

diferentes, que la Instrucción pública había tenido hasta nuestros días. Porque me parecía un hecho natural, que para acto tan solemne y público, presidido a veces por las más altas representaciones del Estado, existieran normas que no sólo orientaran al profesor conduciéndole al mejor acierto de su cometido, sino también permitieran en algún caso, limitar su libre iniciativa en la elección del tema y en su desarrollo. Hasta tal punto estaba yo influido por esa atmósfera de despotismo que se nos ha formado, no sé si por los de casa o por los de fuera.

Es cierto que en la práctica diaria del profesorado, por propia experiencia tenía yo bien aprendido, que ni a mí ni a ningún otro profesor, que yo sepa, se ha indicado jamás, por ninguna autoridad académica, y bajo ningún gobierno, la conveniencia de que en nuestras explicaciones no se desarrollen tales o cuales temas, *propios de nuestras respectivas disciplinas*, o no se expongan estas o las otras teorías o doctrinas sobre fenómenos científicos mejor o peor conocidos en la ciencia.

Digno de admiración y de alabanza son este alto espíritu tolerante de la ley y el profundo respeto que la Universidad Española guarda al criterio del profesor, cuando tiene el máximo honor de representarla.

Pero sorprende el ánimo y sube de punto la admiración, si recordamos que en nuestro turbulento siglo XIX, *rematado* el 98 por el fin y acabamiento del más ingente y glorioso imperio colonial, las luchas políticas fueron incesantes, intensamente apasionadas, hondamente enconadas, brutalmente sangrientas. Cuánta energía perdida, y como consecuencia, cuánto retardo en nuestro progreso, en todos los órdenes, arrastrados y enfurecidos por aquellas como alucinaciones colectivas, que lanzaban a unos grupos contra otros, a veces por un quitame allá esas pajas.

Parte muy principal tomaron siempre en esas luchas

agotadoras, no pocas estériles, los hombres universitarios, los de una mano y los de la otra (cuándo aprenderemos a ser objetivos y no diestros ni siniestros) y, no obstante haber penetrado en la Universidad, en la época pasada, el espíritu tumultuoso de nuestro malhadado siglo XIX, no se ha sentido la necesidad de regular la conducta del profesor en el acto que hoy celebramos.

Bien está, y puesto que la experiencia enseña que *han sabido merecerla*, justo es que el profesor goce en este acto del inestimable don de la libertad. Porque simboliza esta solemnidad, la renovación incesante de la vida universitaria, la eterna juventud de su espíritu inmortal.

· · · · ·  
 «¡SALVE, llama creadora del mundo,  
 Lengua ardiente de eterno saber.  
 Puro germen, principio fecundo  
 Que encadenas la muerte a tus pies!  
 · · · · ·  
 · · · · ·  
 Tú eres pura simiente de vida,  
 Manantial sempiterno del bien;  
 Luz del mismo Hacedor desprendida,  
 Juventud y hermosura es tu sér».

Qué hermoso sería oír las voces juveniles de los orfeones escolares saludando el nuevo curso todos los años al final de este acto, entonando las estrofas del Himno a la Inmortalidad, de nuestro gran poeta romántico, Espronceda.

\* \* \*

Convencido ya de que sólo la porción de buen sentido de que disponga había de ser mi guía, me asaltaron algunas inquietudes en la elección del tema; dudaba entre optar por uno práctico, referente a la organización de la enseñanza médica en España, o uno idealista, estudiando fenómenos que se hallan en la fase llamada precientífica. Opté

por el tema práctico «La enseñanza experimental de la Medicina en España»; porque estamos convencidísimos, hace mucho tiempo, médicos y profesores, que mientras no se cambie el régimen de la enseñanza en las ciencias médicas (y en todas las experimentales), haciéndola mucho más práctica, la preparación profesional será muy deficiente, y la investigación científica muy pobre. Claro es que yo no me proponía persuadir de esta verdad a los que tenemos obligación de conocerla, médicos y profesores, porque repito que estamos sobradamente persuadidos; me dirigía a convencer a los Poderes públicos, de estas tres, que para todos los médicos son verdades meridianas, demostrables: 1.<sup>a</sup>, los alumnos de Medicina matriculados en todas las Universidades Españolas, dan un ingreso al Estado muy superior a lo que el Estado gasta *estrictamente* en su enseñanza; 2.<sup>a</sup>, con ese exceso, y quizá sobrando dinero, es sagrado derecho del alumno y de la sociedad que se va a confiar a su ciencia, que se organice la enseñanza médica con toda la amplitud y la intensidad prácticas que necesita y paga; 3.<sup>a</sup>, para la enseñanza clínica se fijará un *mínimum* de camas, sin el cual ninguna Facultad de Medicina se permitirá que dé enseñanza.

Yo no había visitado las Universidades extranjeras hasta el pasado año, que el Excmo. Sr. Ministro de Instrucción pública, don Eduardo Callejo, nuestro compañero de Universidad, me hizo el honor de nombrarme Delegado Oficial en el XII Congreso Internacional de Fisiología de Estocolmo. Terminado el Congreso y cumplida mi misión oficial, quise conocer la organización de la enseñanza médica en algunos centros de Alemania, Suiza y Francia y, con este fin, a expensas ya de mi peculio particular, visité los Institutos de Fisiología de Berlín, Munich, Berna, Laussanna, Ginebra, Lyon y París. Coincidió mi llegada a España con la publicación de las reformas del Bachillerato, y como me informé que

el señor Ministro tenía ya en estudio las reformas de la enseñanza Universitaria, tuve que cambiar mi tema práctico por otro idealista, en el que se aborda el estudio de algunos de los maravillosos fenómenos de la nueva ciencia, la Metapsíquica.

Hubiera sido completamente inoportuno que yo, en este acto, desarrollara un tema sobre reformas en la enseñanza médica, cuando sabía que para esta fecha estaría ultimada la reforma que el señor Ministro proyectaba en la enseñanza Universitaria.

## EXPERIENCIAS DE SUGESTIÓN MENTAL A DISTANCIA

---

### EXPERIENCIAS DE VISIÓN A TRAVÉS DE ALGUNOS CUERPOS OPACOS

---

Las experiencias que vamos a describir forman dos grupos: las del primer grupo las incluimos entre los fenómenos de sugestión mental a distancia, y desde luego las consideramos como fenómenos metapsíquicos; las del segundo grupo pertenecen a las llamadas de visión a través de los cuerpos opacos, pero estas que nosotros hemos realizado no creemos que son fenómenos metapsíquicos, como otras del mismo nombre, sino simplemente fenómenos fisiológicos poco conocidos.

Tratamos de las dos clases de fenómenos, por el contraste que presentan, según veremos en el análisis de ellas.

## Experiencias de sugestión mental a distancia

Las que vamos a describir bajo este epígrafe, *parecen* demostrar, que *existe una forma de actividad psíquica, mediante la cual, un individuo A., puede ir conduciendo mentalmente a otro B., para que, automáticamente realice un determinado acto que esté pensando A., sin que ninguno de los dos utilicen los medios habituales de expresión y de conocimiento, conscientes o inconscientes.*

Cuando hayamos hecho su descripción y su análisis, procederá calificarlas definitivamente y ver si pueden incluirse en alguno de los grupos de fenómenos metapsíquicos que tan bien ha sistematizado el ilustre Richet en su magistral obra de Metapsíquica.

Sólo anticiparé, que la frase que más frecuentemente he de emplear, para designarlos, será la de sugestión mental, sobreentendiéndose siempre que es *a distancia, sin contacto ni ninguna otra clase de movimientos o gestos.* También advertiré que para facilitar la expresión emplearé las palabras telepatía, clarividencia, etc., sin que implique la aceptación de ésta o de la otra interpretación sobre estos fenómenos.

Seguramente que algunos, o muchos, creerán que las experiencias que voy a describir no son hechos reales sino ilusorios, fingidos por un artista hábil y diestro en la preparación de trucos y aceptados como ciertos por la demasiada credulidad del experimentador.

Del análisis que después haremos confiamos que ha de resultar completamente rectificado este juicio.

Mas no queremos pasar en silencio, que esta clase de experiencias, como son las realizadas por mí *sin contacto con los mediums*, apenas si son citadas en las obras más modernas sobre Metapsíquica, y si se citan es más bien para ponerlas en duda, para no considerarlas suficientemente demostradas, cuando no se las trata con absoluto desdén, estimándolas solamente como espectáculo de teatro, que si al parecer resultan verdaderas es por las bien estudiadas combinaciones de palabras del actor y del que actúa de medium.

En muchos casos, en la gran mayoría, esto es cierto, pero recordemos que en estos últimos años hemos visto actuar algunos en los teatros de la localidad y, a juzgar por las condiciones de las experiencias, no parecían artificiosas.

Al hipnotizador o magnetizador Onofroff, le vi por vez primera hacer brillantes experiencias en Madrid el año 94 ó 95, cuando estudiaba yo los últimos cursos de Facultad, quedando en mí el vivísimo deseo de comprobar si aquellos hechos eran ciertos o eran trucos en combinación con algunos espectadores. Hoy me permito afirmar, que si desde su juventud se hubiera podido disponer de O... para experimentar con entera libertad y método, habríamos llegado a consecuencias sorprendentes e inesperadas; porque yo creo que estos fenómenos de sugestión mental a distancia, son los más elementales de todos los metapsíquicos, los más rigurosamente demostrativos cuando se dispone de un buen medium, como lo es O..., y por el conocimiento de ellos hemos de alcanzar el de aquellos otros más complejos, como las premoniciones, las telecinesias y ectoplasmias.

O... es también uno de los mejores hipnotizadores; yo no he visto otro igual ni que tan pronto y tan bien domine a los sujetos y los haga pasar a las fases de catalepsia o de letargia y sonambulismo. Richet cita a otro llamado Donato, que hacía

ante el público lo mismo que O... Claro es que tienen imitadores, los cuales se valen de algunos ganapanes a quienes adiestran para la pantomima de fingirse hipnotizados, pero se les descubre fácilmente con sólo estar cerca de ellos; y aun sin ser médico.

Los raros clarividentes que hay, una vez que han descubierto su facultad, se dedican a explotarla en público y generalmente no se avienen a realizar experiencias científicas privadas sino son extraordinariamente remunerados. Este año quise repetir las con O... invitándole a que viniera a Valladolid, pero no me fué posible conseguirlo, no por él sino por dificultades del empresario. Tampoco pude conseguir realizar privadamente algunas experiencias con otra medium, E..., por la misma causa. Ya dice O. Loge que sería mucho más útil apartar estos mediums de buenas cualidades y remunerarles justamente, como ha hecho a expensas propias J. A. Bisson, quien ha tenido en su domicilio durante varios años a la medium Eva fiscalizando en todo momento los actos de su vida y asegurándose de la imposibilidad de preparar cualquier fraude. Como resultado de estas investigaciones ha publicado su libro magnífico «Les Phénomènes dits de Materialisation».

Aparte de las exigencias pecuniarias de los artistas o de sus empresarios, creo que no les es grato experimentar con fines científicos, como si temieran que les fuera pernicioso, o, a lo menos, perturbador, tratándose de mediums verdaderos. Los falsos mediums, menos se prestarán.

Del lado de los metapsíquicos hay también prejuicio contra esta clase de experiencias, sin duda por ser propia de espectáculos públicos; mas yo confieso que el caso que se me presente, aunque sea en el teatro, no he de dejarlo pasar por mi lado sin hacer algún experimento, siempre que por las observaciones, que previamente haga, me parezca que no hay truco y que el individuo es un buen medium. Creo que a tanto

equivaldría perder la ocasión de observar un eclipse o un cometa por temor al ridículo (1).

Bien sé que en un espectáculo público no se pueden tomar todas las precauciones que exige el rigorismo científico, mas se pueden recoger datos que nos permitan ir formando un juicio, pendiente de mejor comprobación, para cuando las condiciones sean más propicias. Si, como en el caso mío, se han hecho experiencias anteriores, podemos dirigir las actuales con la precaución y cautela suficientes para afianzar o rectificar nuestro juicio.

El hecho que yo lamento es que en los espectáculos públicos se presentan algunas veces verdaderos mediums de facultades telepáticas, que no prestándose a realizar experiencias privadas, allí hay que aprovecharlos y, sin embargo, no se utilizan.

Es muy sensible que en estos espectáculos la mayoría se valga de combinaciones y trucos para imitar a los verdaderos mediums, y aun es más pernicioso, para el progreso científico de tan maravillosos fenómenos, que los mismos mediums y sus magnetizadores tengan que valerse de otras experiencias de puro artificio para completar el espectáculo y darle variedad, porque unas y otras son juzgadas del mismo modo.

## A

### Experiencias hechas con O... en la Facultad de Medicina de Sevilla, Marzo de 1916

Con el fin de comprobar de cerca y en un ambiente científico, las experiencias de hipnotismo que hacía O..., fué invitado por el decano para que diese una sesión en la Facultad

(1) P. Janet, experimentó con Osipd Feldmann-Autom. psycho. página 369.

de Medicina antes que actuara en público; asistiendo solamente profesores y alumnos. No faltamos ni uno sólo de los profesores; y en cuanto al número de alumnos, fué un lleno.

Para poder seguir el curso de las experiencias he trazado dos croquis que dan idea bastante aproximada de la disposición

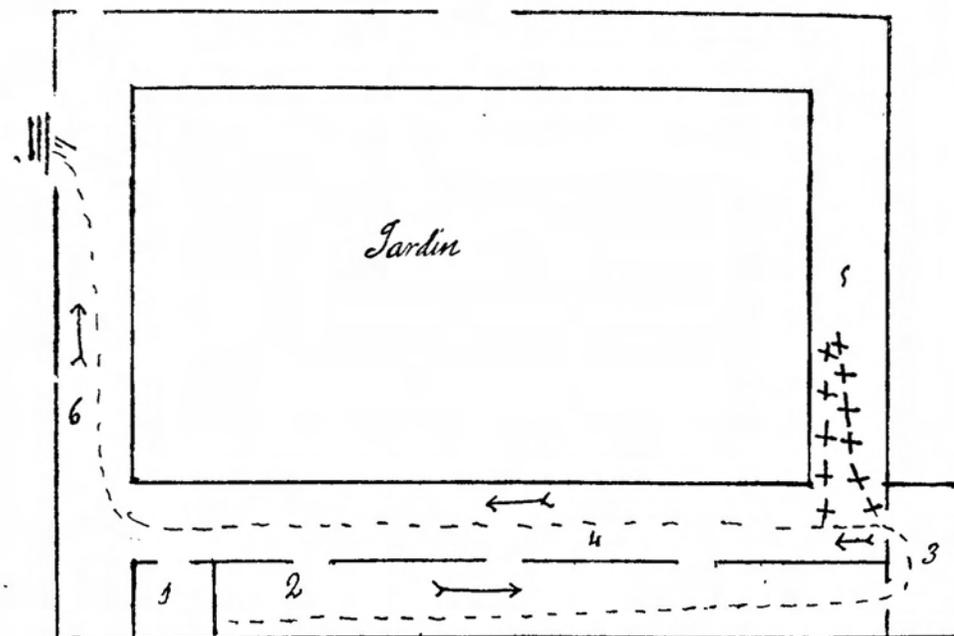


Fig. 1.<sup>a</sup>—Croquis de la planta baja de la Facultad de Medicina de Sevilla.

- 1.—Estrado del salón de actos.
- 2.—Salón de Actos, con ventanas grandes a las galerías
- 3.—Museo antiguo.
- 4.—Galería de 50 pasos de longitud.
- 5.— » » 40 » » »
- 6.— » » 40 » » »
- 7.—Escalera para subir al piso principal; tiene dos tramos de 15 peldaños cada uno.

ción que tiene aquella parte del edificio donde tuvieron lugar, así como las distancias que recorrí, primeramente sólo y luego con O..., y las complicaciones y variaciones que introduje en la experimentación, en ciertos momentos de su desarrollo. (Fig. 1 y Fig. 2).

Yo fuí de catedrático a Sevilla en mayo del año 1910 y



Regresé al estrado del salón por el mismo camino, sin que a la ida ni a la vuelta me acompañara ninguno, ni nadie más que yo supiera qué objeto había escondido y en qué sitio.

Yo salí a las galerías sin haber pensado qué objeto iba a esconder ni el sitio en que había de esconderlo. Primeramente se me ocurrió elegir un local de la planta baja, pero como el salón de actos tiene grandes ventanas, que permiten ver todas las galerías y el jardín, si entraba en uno de los locales que dan a las galerías, se me podría ver desde el salón, y decidí subir al piso principal; y ya en él, pensé fuera mi laboratorio donde habría de esconder el objeto.

La distancia aproximada desde el punto de donde partí, hasta el sitio donde guardé el reloj, son doscientos pasos, contados por mí. Además, hay dos tramos de escalera, de quince peldaños cada uno, y, sobre todo, el recorrido que es preciso hacer para ir desde el salón del piso bajo al laboratorio, número 13, donde está la balancita en cuyo cajón escondí el reloj, creo que es bastante complicado para desorientar a O... acerca del sitio probable de ocultación. Yo no tengo duda de que él pudiera estar atento a ver la dirección que yo llevaba, y que se apercibiría que había subido al piso principal, pero no se me ocurre pensar cómo podría enterarse, por sus medios habituales de percepción, de que yo había entrado en el laboratorio y sacando del bolsillo mi reloj, lo había colocado bajo la campana de cristal que estaba sobre una de las mesas, y que luego lo había retirado de aquel sitio y lo había metido en el cajoncito de la balanza. Porque de que yo había puesto algo bajo la campana de cristal, parece que también tuvo alguna percepción, a juzgar por lo que después diré.

El camino que yo seguí cuando fui a esconder el reloj, es el indicado con líneas de trazos - - - - en los croquis. De esta línea de trazos hay trayectos derivados, marcados con cruces + + +, que se separan de la ruta principal para volver

a ella y continuarla. Estos trayectos derivados fueron los que siguió O..., apartándose del camino seguido por mí. Esas variaciones de ruta de O..., *coinciden* con las *variaciones que yo sugerí u ordené mentalmente* a O..., variaciones pensadas y sugeridas por mí en cada punto de los marcados y en el momento de llegar allí con O..., cuando éste fué a buscar el reloj, y yo le acompañaba a distancia. Quiero decir que no fueron pensadas y planeadas por mí esas modificaciones con anterioridad; se me ocurrieron espontáneamente, de pronto, en cada uno de esos sitios, para ver si lograba, por acción mental pura, desviar a O... del camino que yo había seguido, y luego volverlo a la ruta mía. Mas repito, aunque sea pesado, que yo no había pensado en hacer este experimento antes de echar andar O...; se me ocurrió la vez primera, de pronto, cuando O... salía a la galería 4 y yo iba a tres o cuatro pasos de él, según ahora voy a describir.

Vuelto yo al estrado, O... me hizo algunas advertencias, que yo interpreté en el sentido de que me esforzara en tener una representación mental vigorosa y clara del trayecto recorrido por mí, del sitio donde había guardado el objeto y de éste mismo, pensando continuamente en ello. Mientras me hablaba me dió un pañuelo suyo para que le vendase los ojos, y visiblemente se le notaba cada vez más rapidez en las palabras y excitación de su estado general, sobre todo cuando se colocó delante de mí dándome la espalda y me dijo que aplicara mis manos a sus costados y con las suyas cogió las mías. Me advirtió que le siguiera de cerca, pero que *no era preciso que le tocara* cuando fuera andando.

De pronto partió rápido por el estrecho pasillo que dejaban los alumnos, quedándome yo retrasado. En el momento de salir O... a la galería 4, por la puerta del museo antiguo, 3, se me ocurrió, *con la rapidez del pensamiento*, sugerirle *mentalmente* que fuera por la galería de la derecha 5, e *instantáneamente, con la rapidez del pensamiento*, O... se

dirigió por la galería de la derecha. Pero a los ocho o diez pasos, *con la rapidez del pensamiento*, pensé que iban a decir que O... no seguía el mismo camino que yo había llevado y, por tanto, el experimento no era perfecto y completo, aunque acertara el sitio donde el objeto estaba escondido. Entonces *sugerí mentalmente* a O... que retrocediera hacia la galería de la izquierda, 4, y por ella siguiera. *Rápidamente*, como mi pensamiento, retrocedió O... a la galería 4 sin titubear un momento, y la recorrió de una carrera tan acelerada, que yo me quedé muy atrás, y ya muy distanciado de él; le seguí por todo el trayecto de las galerías bajas y por los dos tramos de escaleras que hay para subir al piso principal. Sin detención alguna y con gran celeridad hizo todo este trayecto, así como el resto, pues arriba tampoco se detuvo ni disminuyó la velocidad de modo que indicase duda o desorientación.

Cuando en mí surgió la idea de obligarle a ir por la galería 5, en lugar de la 4, que era por la que yo había ido, iba distanciado de O... tres o cuatro pasos detrás de él, y, aproximadamente, a igual distancia me hallaba cuando le sugerí volviese hacia la galería 4.

QUIERO HACER CONSTAR MUY EXPRESAMENTE QUE YO NO TENÍA CONTACTO ALGUNO CON ÉL, Y QUE DEL MISMO MODO SEGUÍ DURANTE TODO EL EXPERIMENTO.

Sigamos la ruta. Cuando terminó de subir la escalera, sin titubear, se dirigió por la galería de la derecha, 9, y luego por la 10, y cuando yo llegaba como hacia la mitad de esta galería y O... tres o cuatro pasos delante de mí, las escaleras, 11, que hay al fondo de esta galería, despertaron en mí la idea de hacer que O..., en lugar de entrar en el laboratorio, como yo había hecho, subiera a una terraza donde yo tenía los animales de experimentación. Inmediatamente le *sugerí mentalmente* que subiera a la terraza tomando la rampa de la derecha de las dos en que está dividida la escalera, y coincidiendo

con esta sugestión, O..., ni un momento desvió su dirección hacia el laboratorio, sino que directamente se dirigió a la rampa de la derecha, y con gran rapidez subió los 18 peldaños que tiene hasta el primer rellano. Yo aceleré el paso también, porque recordé que de allí para arriba la escalera estaba muy estropeada y podía caerse O... por llevar vendados los ojos, y cuando subí al rellano empecé a sugerirle mentalmente que descendiera hacia el laboratorio *por la rampa de la izquierda*. En este momento parecía como si O... buscara una fácil subida, porque repito que la escalera estaba muy estropeada y era muy estrecha, permitiendo sólo el paso de un hombre, pero tan rápida como fué mi sugestión de que descendiera y entrara en el laboratorio, fué su descenso, y decididamente entró en el laboratorio. Esta escalera, es muy ancha y está dividida en dos rampas por un tabique que desde la galería se extiende hasta el primer rellano. Cada rampa tiene 18 escalones; por la izquierda subieron varios alumnos, a la vez que por la derecha subía O... y otros varios alumnos, y yo detrás de él, reuniéndonos todos en el primer rellano, que es muy espacioso.

Dentro del laboratorio pasó O... entre la mesa M. y el balcón, y se detuvo dando frente a la mesa, cogiendo la campana de cristal con su mano derecha, tanteando debajo con la izquierda, como si hubiera algún objeto, volviendo a dejarla en su sitio y continuando su marcha. Recuérdese que yo dejé primeramente el reloj bajo esta campana y luego lo retiré y me dirigí a la ménsula 14 para guardarlo en el cajoncito de la balanza que allí hay. O... hizo, por tanto, la misma maniobra que yo con el reloj y la campana de cristal.

Cuando dejó la campana de cristal sobre la mesa, hice la tercera sugestión, también pensada repentinamente, de obligarle a variar la ruta. Le sugerí mentalmente, como siempre, que se dirigiera a la otra puerta del laboratorio, y coincidió, como en las sugestiones anteriores, que fué directamente a

aquella puerta, la fanteó breves momentos, y ya le sugerí que viniera a la balanza, retrocedió, directamente fué a la balanza, abrió el cajón y sacó el reloj.

Estaba O... cansado, anheloso, pálido y sudoroso, con la respiración entrecortada al hablar. No le conté las pulsaciones ni las respiraciones antes de empezar el experimento ni cuando terminó.

Yo me notaba con alguna presión cerebral, bastante; me sentía excitado y en el estado emocional propio del que firmemente cree, con toda la fuerza de las cosas reales, que ha sentido y demostrado experimentalmente, para sí mismo al menos, *la existencia de una actividad psíquica voluntaria que mentalmente puede transmitirse a otro sujeto y conducirse rápidamente como se quiera y por donde se quiera* (1).

Cuando volví al salón con O..., en breves palabras describí el experimento, con las variaciones que introduje, y concluí diciendo que esta transmisión mental de mí a O... me parecía de tanta evidencia *como una reacción de la glucosa* (2).

Haremos observar que el experimento consistía en que O... encontrara el objeto escondido por mí, y que sería perfecto y completo si O... seguía exactamente la misma ruta que yo. Como recorriendo O... el trayecto, yo le sugerí mentalmente tres variaciones que le separaban de la dirección en que debía ir a buscar el objeto, y *coincidió* que parecía obedecerlas con toda rapidez y exactitud, esas tres sugerencias y las tres variaciones coincidentes con ellas, o mejor, *inmediatamente consecutivas* a ellas, son otras tres experiencias añadidas al

(1) Cuánto me recuerda este hecho las ideas de Schopenhauer en su admirable obra «La Voluntad en la Naturaleza».

(2) Y ahora al cabo de once años, agrego, que esa reacción psíquica voluntaria, hecha por mí sobre O.. en 1916, y repetida en 1923, me parece muchísimo más evidente y de incomparable incertidumbre, que una o todas juntas de la glucosa cuando las hago, porque aquélla la veo y la siento.

experimento, o mejor dicho, seis, porque cada una iba seguida de contraprueba.

## B

### Descripción de mis experiencias con O... en el Teatro Pradera de Valladolid, en agosto de 1925.

No habiendo tenido ocasión de disponer de sujetos con quienes poder realizar experiencias, y seguro de que O... no querría hacerlas privadamente, me decidí a realizar una en el teatro; porque estos hechos de mediumidad son, como algunos fenómenos astronómicos, poco frecuentes, y hay que recoger el máximo de observaciones y experiencias cuando se presentan. Al ponerse al alcance mío otra vez O..., tenía que hacer algún experimento en el teatro, único sitio posible, pues yo no podía esperar ni solicitar de él, como hombre que vive de su trabajo, que gratuitamente se pusiese a disposición mía unos días, para realizar metódicamente una serie de experiencias bien planeadas, y lo más sensible es que ya, por su edad, se va alejando la ocasión de tenerlo al alcance por tercera vez, pues yo creo que hay pocos como él.

En el teatro solamente se puede realizar en la temporada un experimento, porque al segundo, inevitablemente el público sospecharía que había combinación. Además, no se puede variar el experimento ni hacerlo ni repetirlo como conviene al experimentador, con el rigorismo científico que permita llegar a conclusiones positivas o negativas, pero bien comprobadas. Por esto, aunque hemos hecho otras experiencias, no las referimos porque no tienen la brillantez de las hechas con O... o porque no las hice yo directamente con el medium, sino comunicando mi propósito al individuo que actuaba de magnetizador.

Nuestro experimento con O... en este caso, no fué esconder un objeto, no recorrimos un camino largo que luego

había de recorrer él, ni colocamos un objeto nuestro que lleváramos consigo, en un sitio determinado, ni el individuo a quien hice intervenir sabía que a él se dirigía O...

El experimento lo pensé yo sólo en mi butaca mientras en la sala hacía O... otras experiencias con el público.

Pensé que partiendo O... del escenario con los ojos vendados, como acostumbra, viniese a coger el machete de un soldado de artillería que estaba no lejos de mí; con el machete volvería al escenario, y colocándolo terciado sobre el brazo derecho se pondría en la posición de «firmes», en la puerta lateral derecha del escenario. El camino que había de recorrer sería: ir desde el escenario por el pasillo central hasta la puerta principal de entrada a la sala, allí tomaría el pasillo lateral derecho para llegar donde el artillero estaba sentado.

A petición de O... se escribió, por otra persona, dictándolo yo, la forma de hacer el experimento. Lo escribió el notario señor M. que estaba detrás de mí, y se lo dicté yo al oído, en voz baja, de modo que ninguno de los inmediatos a nosotros pudo percibir lo que yo dicté, al menos completamente y con toda claridad: Lo dictado fué: QUE COJA EL MACHETE DEL ARTILLERO QUE OCUPA LA BUTACA NÚMERO 11 DE LA FILA TERCERA Y SE PONGA EN GUARDIA CON EL MACHETE TERCiado, EN LA PUERTA LATERAL DERECHA DEL ESCENARIO. HA DE VENIR POR EL PASILLO CENTRAL HASTA LA PUERTA PRINCIPAL, ALLÍ TOMARÁ POR EL PASILLO LATERAL DERECHA HASTA LLEGAR DONDE ESTÁ EL SOLDADO. Me olvidé pensar y dictar al notario señor M. si O... había de regresar al escenario por el mismo camino o por otro diferente, lo que fué causa de que el experimento pudiera yo complicarlo un poco de improviso, y fuera más perfecto.

Subí al escenario e hice con O... lo que en Sevilla, vendarle los ojos con un pañuelo suyo, se colocó delante de mí, pero dándome la espalda, puse mis manos tocando a sus costados y él puso las suyas sobre las mías; dijo algunas palabras, noté bien que se excitaba un poco y en seguida

partió sólo bajando así del escenario y recorriendo con paso acelerado todo el pasillo central hasta la puerta principal, sin detenerse ni titubear, rebasando, por tanto, la fila tercera de butacas, sin parecer que a ella tuviera que dirigirse. Cuando llegó a la puerta principal se detuvo, pero no estando quieto sino indeciso. Como yo me quedé distanciado, rápidamente procuré llegar a él, quedándome a distancia de unos dos metros y sugiriéndole que marchara por el pasillo lateral de la derecha, lo que hizo en seguida, dirigiéndose ya rápido hasta cerca de la fila quinta de butacas, donde se paró. Comprendiendo que quería contactar conmigo le di mis manos, y cogiéndolas con las suyas las aplicó a su frente breves momentos. Me dejó libre y se dirigió otra vez rápido, sin contacto alguno conmigo, al sitio que ocupaba el artillero, cuya butaca, número 11 era de las del medio de la fila tercera, Yo quedé a unos cuatro metros de distancia.

No había posibilidad de que movimientos musculares míos inconscientes, le guiaran para saber que había de dirigirse al espectador que ocupaba la butaca 11 de la fila tercera para coger su machete. Los espectadores inmediatos ignoraban qué acto iba a ejecutar O..., y el Sr. M. y yo, únicos que lo sabíamos, por rumores o por otras manifestaciones involuntarias, no habíamos de comunicárselo. Este Sr. M. ocupaba la penúltima butaca de la fila quinta.

En tanto sacaba O... el machete de la vaina, que no le fué fácil, recordé que nada había dicho yo al Sr. M. del camino que debía seguir O... para volver al escenario, sencillamente porque no había pensado en ello. Entonces pensé que regresara por el mismo pasillo lateral hasta llegar a otro que hay transversal, por el cual se dirigiría al central y luego al escenario. Este pensamiento lo comuniqué en seguida a M., sin que hubiera posibilidad de que lo oyese O... ni se enterase por ningún otro conducto, porque cuidé bien de que no lo oyeran tampoco los espectadores inmediatos. Después que O... tuvo

el machete en su mano, vino al pasillo lateral, siguió por él decidido, delante de mí, pero al llegar al transversal tomó su dirección sin titubear, que era lo que mentalmente yo le sugería; salió al pasillo central y subió al escenario. Yo le seguía a la distancia aproximada de siempre, dos o tres pasos, pero no subí al escenario, me quedé en las butacas de orquesta.

En el escenario se dirigió a la puerta lateral derecha, se puso firme con el machete terciado, pero muy breve tiempo, no quieto dando guardia, como yo le sugería sino que hizo demostración de herir la puerta, de volver a terciar el machete, de hacer un saludo militar. Entonces subí yo al escenario, me puse a una distancia de él como de dos metros, *sin contacto ninguno*, procuré sugerirle intensamente cómo habría de colocarse, y sólo conseguí que repitiera los movimientos ya citados, y viéndole fatigado y comprendiendo que ya parecía difícil conseguir cumpliera bien el final de la sugestión, di por terminado el experimento.

En el análisis veremos que este final es interesante.

En este caso no me emocioné como en el primero, ni tenía pesadez de cabeza, a pesar de que al final hice bastante esfuerzo mental, y aun contracciones musculares, *siempre a distancia* de unos dos metros o más de O...

## C

### **Experimento con una medium que llamaremos E... en el Teatro Pradera de Valladolid el año de 1922 ó 1923.**

En este teatro actuaba una medium acompañada de un individuo que llamaremos A..., y que servía de intermediario entre E... y el público.

Las experiencias que había de realizar podían ser solicitadas por el público, pero era necesario comunicarlas a A... Consistían generalmente en lo que es costumbre en estos

casos, que la medium saque la cartera o el reloj del bolsillo de tal espectador y los lleve a tal otro y se la entre en determinado bolsillo del chaleco o de la americana, etc. La medium estaba sola en el escenario, sentada en un taburete, dando la espalda al público y teniendo los ojos vendados con un pañuelo. A... estaba situado siempre hacia la mitad del pasillo central: se dirigía al espectador que deseaba hacer un experimento, se enteraba de lo que éste quería que la medium hiciera y A... volvía a situarse en el pasillo central. No recuerdo bien, pero creo que si A... pronunciaba alguna palabra para empezar el experimento, eran solamente una o dos previniendo a la medium, y siempre las mismas.

La sala quedaba en silencio, los espectadores pendientes del acto. Invariablemente, pasados unos segundos, quince, veinte o treinta, la medium se levantaba de pronto, como movida por un resorte, bajaba del escenario y se dirigía a cumplir lo que el espectador había pedido que hiciera.

En todas las experiencias A... permanecía callado y sin moverse del centro del pasillo central, o apenas se separaba de este sitio, si acaso para ver o dominar bien adonde se dirigía E... En una de las experiencias un espectador había solicitado que la medium fuera a una platea, y aquélla salió de la sala para entrar en la platea, pero A... permaneció en el pasillo central y no dijo una palabra. La medium hizo muy bien el experimento.

En una localidad relativamente pequeña como Valladolid, son bien conocidos de los demás espectadores algunos de los que han intervenido en estas experiencias, y no se les puede suponer en combinación con los artistas.

Después de observar yo varias experiencias, viendo que en todas A... estaba poco más o menos en el mismo sitio, que no decía una palabra ni se aproximaba a la medium mientras ésta cumplía la orden, me pareció que no había truco, y me decidí a sugerirle, sin que nadie lo supiera, que realizara un

acto pensado por mí cuando fuera a realizar otro. Yo estaba en la primera butaca de la fila quinta, y delante de mí un general, ya de edad, con una flor en el ojal. A... había recibido una petición de un espectador, que por lo que terminado el experimento dijo A..., consistía en que la medium fuera a una de las plateas próximas a la puerta principal, opuesta al escenario, y realizara el cambio de anillos entre dos señoras.

Yo empecé a ejercitar mi sugestión cuando me pareció que la medium estaba ya preparada para recibir la orden o transmisión mental de A..., y procuré representarme vigorosamente el acto de que la medium viniera a quitar la flor del ojal del señor que delante de mí estaba y la pusiera en el ojal de mi americana. A... estaba situado en el pasillo central, tres o cuatro filas de butacas más atrás que yo y que el señor de la flor. De aquí resultaba, que la orden mía tenía que cumplirla en la primera butaca de la fila cuarta, si obedecía a mi sugestión; y si no la obedecía, tenía que pasar junto al general y junto a mí, para dirigirse a las plateas más lejanas del escenario, si la orden mental que iba a cumplir era la que le transmitía A... a petición de un espectador.

Bajó la medium del escenario sin que yo notase en ella la menor variación respecto a las anteriores experiencias, pero al llegar junto al general, se detiene, titubea, duda si seguir o retroceder, se para *como si quisiera recibir bien alguna influencia que la orientara*, retrocede unos pasos hasta cerca de la orquesta, vuelve a avanzar, se aproxima mucho al general, nuevamente indecisa ni avanza ni retrocede, y así, unas veces indecisa, otras retrocediendo y luego avanzando, logra una vez pasar por mi lado hacia atrás, mas yo viendo perdida la partida fuerzo mi sugestión e inmediatamente ocurre el hecho de que la medium vuelve a retroceder hasta cerca de la orquesta, y vivamente contrariada se da unos golpes con el puño de una mano sobre la palma de la otra, como hacemos algunas veces en casos de impaciencia. El

público también se impacientaba ya y en la sala iban acen- tuándose considerablemente los rumores de sorpresa. A..., poco diestro y no decidido, no sabía qué decir y callaba como siempre, no se movió de su sitio, pero ya se le ocurrió decir al público que se volvería a empezar el experimento. Sus- pendí yo mi sugestión y la medium subió otra vez al escenario.

Comprendí que yo había abusado bastante de la apurada situación de los dos artistas, y aunque era disculpable por haberlo hecho con un fin científico, no tenía derecho a conti- nuar mis tentativas. Además, no interviniendo yo mentalmente la segunda vez, se podría comprobar si el experimento se desarrollaba sin dificultad ninguna, como había ocurrido en las experiencias anteriores.

Así sucedió. Sentada otra vez la medium en su taburete del escenario, al cabo de algunos segundos se levantó rápida, bajó del escenario y *sin la menor detención ni titubeo*, ni siquiera cuando pasó junto al general y junto a mí, siguió por todo el pasillo central hasta la platea más posterior y realizó el acto que el espectador había solicitado, con toda perfec- ción; y el público, con la nobleza que muestra la colectividad ante el fracaso de otro, excepto en las corridas de toros y en el boxeo, premió con más sonoros y prolongados aplausos que en los anteriores el éxito de este experimento.

Y yo sentí también la inmensa satisfacción de *creerme a macha martillo, que bajo la acción de mi sugestión, pura- mente mental*, había producido a la pobre medium el conflicto de permanecer indecisa bajo *impulsos* contrarios (1), estando a punto de hacerla fracasar ante el público; mas también par- ticipé de la alegría del público y de los artistas, cuando vieron qué la medium había recuperado todo su poder mediúmnico y la exactitud y precisión de sus ejercicios.

(1) Mi sugestión y la de A...

## D

### Análisis de las experiencias descritas

Sería más ordenado y preciso hacer un análisis de cada una de estas experiencias, pero resultaría un trabajo demasiado largo y pesado para un discurso inaugural; preferimos, en gracia a la brevedad, hacer a la vez el análisis de las experiencias de O..., y después el del experimento hecho con E... Fijaremos nuestra atención solamente en los hechos más importantes de estas experiencias.

En nuestras experiencias con O..., no había magnetizador, fui yo sólo quien actuó con O... directamente; no había intermediario; ni junto a él ni en los trayectos que recorrió para hacer las experiencias, tenía ayudante alguno; yo mismo le vendé los ojos con el pañuelo en ambas experiencias; el pañuelo era suyo, me lo entregó desdoblado y yo lo doblé.

Nadie pudo comunicarle en Sevilla el sitio donde yo guardé el reloj, ni si era un reloj el objeto escondido. Es cierto que una vez que entró la mano en el cajoncito de la balanza granataria, parece natural pensara que un objeto tan extraño en aquel sitio, como un reloj, sería el que yo había guardado. Pero lo difícil es dirigirse al cajoncito de una balanza granataria para sacar de allí un objeto guardado, cuando hay tantos sitios en el laboratorio y en todo el edificio donde podía haber sido escondido. De todos modos, el experimento se puede modificar de varias maneras para adquirir mayor certidumbre; el problema es disponer de medium.

En el experimento del teatro, tampoco pudo nadie comunicarle a O... mi pensamiento; «que fuese a coger el machete del artillero que estaba sentado en la butaca número 11 de la fila tercera». A nadie, más que al notario Sr. M., lo había comunicado yo, y al oído.

Así que yo puedo concluir bien convencido de que nadie ha comunicado a O..., por estar de acuerdo con él, ni sin previo acuerdo, en qué iba a consistir el experimento en cada caso, y en ambos, O... ha partido a realizar el acto sin saber por otra persona en qué consistía ni a qué sitio había de dirigirse.

NO ES POSIBLE QUE HAYA HABIDO FRAUDE, es lo que quiero decir.

Si O... no ha podido recibir de ninguna persona informaciones sobre los actos que había de realizar, veamos ahora si ha podido darse cuenta de ello por el contacto conmigo y por movimientos musculares involuntarios míos.

En mis experiencias con O..., al empezar el acto se colocaba de espaldas a mí, le vendaba los ojos con su pañuelo; después, sin variar ninguno de los dos de posición, por indicación suya, aplicaba yo mis manos a sus costados y con las suyas cogía él las mías, procurando contactarlas bien. Muy pronto se separaba de mí y se dirigía *rapidísimo, como lanzado*, en dirección adonde debía de ir; y no volvía a contactar con él y caminaba detrás siempre, cuando más cerca, tres o cuatro pasos, pero generalmente a bastante más distancia.

En el Teatro Pradera volvió a poner mis manos en contacto con él, esta vez sobre la frente; distábamos tres o cuatro metros de la butaca 11 de la fila tercera, donde estaba sentado el artillero. Muy pronto abandonó mis manos y se dirigió *únicamente* al artillero, directamente y sin fitubear, habiendo quedado yo a los tres o cuatro metros de distancia. La butaca 11 es la del medio de la fila, todas las demás de esa fila y las de las inmediatas estaban ocupadas por espectadores que ignoraban lo que O... había de hacer, como igualmente lo ignoraba el artillero.

En Sevilla, aunque el recorrido era largo y subió primeramente una escalera de dos tramos de quince peldaños cada

una y luego la de dieciocho peldaños, no necesitó contactar conmigo desde que partió del estrado (1).

ES ABSOLUTAMENTE IMPOSIBLE QUE POR EL CONTACTO CONMIGO, Y POR MOVIMIENTOS MUSCULARES MÍOS INVOLUNTARIOS E INCONSCIENTES, se haya guiado O... para ir a sacar mi reloj del cajoncito de la balanza donde yo lo había escondido en el laboratorio de Sevilla, ni para ir a coger el machete del artillero que ocupaba la butaca 11 de la fila tercera en el Teatro Pradera y venir a colocarse en la puerta lateral derecha del escenario.

Aun quedan como posibles guías otros medios, gestos o actitudes míos involuntarios e inconscientes, o del público, o bien los rumores y palabras sueltas o medias palabras, que a los muy diestros sean suficientes para conducirlos.

No doy importancia capital, aunque sí relativa, a que O... lleve vendados los ojos con un pañuelo, porque ni él ha deseado que se le vende bien para conseguir una oclusión perfecta, ni yo podía exigirselo en las condiciones en que actuábamos. Tampoco él ha indicado por qué pide ser vendado. Es posible que lo haga para producir algún efecto en el público, pero nunca le he oído expresarse en este sentido; creo que su fin principal es no distraer su atención.

Respecto a mí, no sé cómo, razonablemente, se pueda admitir que son movimientos involuntarios e inconscientes de mis ojos, de mi fisonomía, de mi cabeza, de mi cuerpo o de mis brazos y mis piernas los que, sorprendidos por él, le han conducido en Sevilla hasta la balanza donde guardé el reloj, o en el Teatro Pradera hasta la butaca del artillero para coger su machete precisamente, y no su sombrero, por ejemplo, y que luego vuelva al escenario y se coloque en la puerta lateral derecha.

(1) En varias obras de metapsíquica se cita el decaimiento con la edad, de las aptitudes para la hipnosis y los fenómenos de mediumnidad.

Si yo voy siempre detrás de él, cuando menos a tres o cuatro pasos, ¿cómo va a sorprender movimientos, o actitudes, o gestos míos que le sirvan de guía en el experimento? Por la vista, es imposible; no lleva un espejo delante como en los autos, en el que por reflexión vea mis movimientos; por el oído no sé cómo el ruido de mis pasos podría guiarle, y acompañándonos en Sevilla bastantes estudiantes que ignoraban dónde había guardado yo el objeto; además, ya he dicho que va muy deprisa y distanciado de mí muchas veces, y siempre delante.

En cuanto a rumores míos, o palabra sueltas, o medias palabras cuidó muy bien de callarme. Estoy seguro que nada digo.

Dato importante sobre este punto. Recuérdese que en el experimento del teatro no se quedó O... firme, quieto con el machete terciado dando guardia al lado de la puerta, según yo pensaba y le sugería; recuérdese también que yo me había quedado en las butacas de orquesta, y que al ver su incertidumbre, subí al escenario, me aproximé como hasta dos metros de él y desarrollé, con toda la energía de que yo soy capaz, la sugestión mental del acto final que había de realizar (léase la descripción), recordando yo bien los esfuerzos que hice. Si mis actitudes o gestos o movimientos involuntarios hubieran de guiarle, aquélla fué la mejor ocasión, porque estaba cerca de él y los dos solos en el escenario; sin embargo, unas veces se ponía terciado el machete, otras hería con él la puerta, pero no conseguí que se quedara inmóvil, en la posición de firmes, con el machete terciado.

¿Podría haber sido el público el que guiara a O... con sus rumores, movimientos involuntarios o adelantándose a él?

En Sevilla sólo yo conocía en qué consistía todo el experimento; es posible que algunos de los alumnos que estaban en el salón, y O..., se fijaran por dónde iba yo, y me vieran subir al piso principal cuando fui a guardar el objeto; admito

también que mis pisadas por la galería 10, orientaran a O... y a los alumnos hacia el sitio donde yo me había dirigido, y que supusieran que iba al laboratorio de Fisiología por ser yo profesor de esta enseñanza; pero quedan estas incógnitas. ¿Había quedado yo en el laboratorio o había salido por la otra puerta?; ¿qué sitio del laboratorio había elegido para guardar el objeto?; ¿qué objeto era el guardado?

El piso de la galería 10 forma el techo de la galería 4 y no corresponde encima del salón, y éste estaba tan lleno de alumnos que no parece fácil pudieran recoger bien los ruidos de mis pisadas como medio de orientarse.

Además, durante mi ausencia, O... había seguido haciendo experiencias de hipnotismo. Yo no he comprobado si estando en el salón número 2, se oyen las pisadas de los que vayan por la galería 10; supongo que si hay pocos individuos en el salón y atentos solamente a percibir el ruido de las pisadas de uno que vaya por la galería 10, las puedan oír, aunque repito que el suelo de ésta no forma el techo del salón, pero aquella ocasión no era la más propicia.

En el Teatro Pradera solamente el notario Sr. M. y yo conocíamos lo que yo había pensado que hiciera O...; nadie más sabía nada de ello. El notario quedó en su sitio y yo fui el único que seguí a O... desde el escenario.

¿Cómo el público con sus rumores, actitudes o movimientos involuntarios o voluntarios y de curiosidad, iba a guiar a O..., si ignoraban todos los espectadores en qué consistía el experimento? Entre los espectadores había bastantes médicos que me conocen y que se dieron perfecta cuenta del resultado positivo y claro del experimento cuando después de terminado lo expliqué.

De lo expuesto creo que puede concluirse con toda certidumbre, que en mis dos experiencias con O... el resultado claramente positivo no puede ser debido a que O... se haya guiado por contacto conmigo y movimientos míos involuntarios

ni voluntarios, conscientes ni inconscientes, ni por gestos, actitudes, movimientos, rumores o palabras mías o del público.

Tampoco ha podido existir fraude.

EN LAS CONDICIONES DE LAS EXPERIENCIAS QUE YO HE DISPUESTO CON O..., SOLAMENTE PUEDE HABERLAS REALIZADO POR ESTAR EN RELACIÓN MENTAL PURA, O MEJOR DICHO, PSÍQUICA PURA, CONMIGO, SIN QUE NI ÉL NI YO HAYAMOS UTILIZADO PARA ESA RELACIÓN NUESTROS SENTIDOS NI NINGÚN OTRO DE LOS MEDIOS FISIOLÓGICOS DE EXPRESIÓN Y CONOCIMIENTO, CONSCIENTES O INCONSCIENTES, QUE HABITUALMENTE EMPLEA EL HOMBRE.

Después de haber hecho el análisis de los medios fisiológicos de relación o comunicación entre O... y yo, en estas experiencias, con resultado negativo, procedía hacer un análisis psicológico. Sería un estudio demasiado extenso y apoyado en muy limitadas experiencias.

Hay, no obstante, un hecho que se basa en ocho experiencias intercurrentes, que a nuestro juicio son de un gran valor experimental, y lo hemos de analizar.

En el experimento de Sevilla tres veces se desvió O... de la ruta que yo seguí cuando fui a guardar el reloj y otras tres volvió a ella; y en el del Teatro Pradera una vez.

1. Sale del Museo 3 y se dirige por la galería de la derecha, 5, en lugar de marchar por la que yo fui, la 4; pero a los pocos pasos retrocede y continúa por la galería 4.

2. En la galería 10, sube por la rampa derecha de la escalera 11, en lugar de entrar en el laboratorio como había hecho yo, pero se para en el rellano tanteando y pronto desciende por la rampa izquierda y entra en el laboratorio.

3. Desde la mesa M, yo me dirigí a la balancita 14, y guardé el reloj; O... se dirigió a la puerta opuesta a la de entrada, tanteó un poco allí y pronto retrocedió, vino a la balancita y sacó el reloj.

4. En el Teatro Pradera, después de coger el machete al artillero regresó al principio por la misma ruta que había ido,

el pasillo lateral, pero al llegar al transversal se dirigió por éste al pasillo central, en lugar de haber continuado por el lateral.

En esos cuatro momentos yo le he sugerido mentalmente esas ocho variaciones, él las ha hecho, y yo creo que ha sido obedeciendo a mis ocho sugerencias mentales. Me fundo en lo siguiente:

a) En el experimento de Sevilla fueron *seis experiencias intercurrentes* de sugestión mental las que hice a O... Una sola o dos, pudieron ser ilusiones mías y que fuera yo el sugerido, por ir tan inmediatamente seguida la sugestión mental de la ejecución del acto sugerido; pero seis veces consecutivas en el mismo experimento ser yo el sugerido, estando prevenido por la primera, son muchas ilusiones. Seguro estoy que la primera y todas fueron sugerencias pensadas por mí.

b) En el experimento del teatro, con anticipación de *tres o cuatro minutos*, dije al notario Sr. M..., que habiéndome olvidado de pensar y decir por dónde había de regresar O... al escenario, pensaba que en lugar de volver por todo el pasillo lateral, como había ido le desviaría de esa ruta al llegar al pasillo transversal, y que por éste saldría al central, dirigiéndose al escenario. Y, en efecto, hice a O... la sugestión mental indicada y él hizo lo que yo le estaba sugiriendo. Aquí no hay duda ninguna de que yo pensé y empecé a hacer la sugestión *dos, tres, cuatro minutos* antes que O... hiciera el acto que yo le sugería.

c) Podría pensarse que si O... se dirigió por el pasillo transversal, fué por ser camino más breve que no haber seguido por el lateral, hasta la parte posterior de la sala. A esto se puede contestar que cuando fué a por el machete también pudo seguir ese camino y siguió el que yo le sugería, que era doble de largo; y que tanto para dirigirse al artillero (butaca 11 de la fila 3.<sup>a</sup>), como para volver luego al escenario, el camino más breve es bajar del escenario y a los pocos pasos tomar

el pasillo que hay entre las filas segunda y tercera y por él volver al escenario, como se hace para sentarse, y no hacer el largo recorrido que yo sugería a O... y que hizo lo mismo al ir que al volver. En las desviaciones de ruta de Sevilla todas alargaban el camino y sin embargo las hizo.

Otro hecho que he de notar es que O... se paró al lado de la mesa M., levantó la campana de cristal y buscó algo. Allí había puesto mi reloj y lo había retirado. Sobre este punto citaré lo que dice Myers, aunque él se refiere a que él era el paciente y otro el agente, llevándole éste cogido de la mano. «J'ai remarqué, écrit un observateur anglais, que si un objet a été d'abord caché dans un endroit, puis déplacé pour être mis dans un autre, la personne qui me conduit ne manque pas de mé mener d'abor à la première place, puis elle m'entraîne à la véritable». (Cita de P. Janet, «L'Automatisme psychologique», pág. 371).

Finalmente, otro hecho que merece fijar la atención es que O... no permaneció firme y con el machete terciado como yo le sugería, sino que unas veces lo dirigía contra la puerta, otras hacía un rápido saludo, otras se lo ponía terciado. Hemos observado que O... se halla en un estado de gran excitabilidad cuando hace las experiencias, tembloroso y agitado, estado muy poco favorable para mantenerse rígido en la posición de firmes. También puede suponerse que en el momento que coge el machete ha de surgir en él, bien automáticamente o bien conscientemente, la tendencia a herir con el arma. Sabemos que a un sonambúlico, si se le pusiera el machete en las manos, probablemente haría los mismos movimientos: saludar con el arma, terciarla y herir, pero sobre todo herir.

Yo no sé cuál es el estado en que O... se halla cuando realiza las experiencias; no me atreveré a decir que sea una forma de las que Richet llama «hemisonambulismo», en los mediums (*Metap.*, pág. 126), porque no he podido recoger

suficiente número de observaciones y analizarlas; pero que hay desagregación parcial manifiesta entre el psiquismo superior y el inferior o automático, me parece que no puede negarse.

Con carácter provisional nada más, podemos resumir nuestros juicios sobre las experiencias hechas con O... como sigue.

O... parece conseguir por autosugestión, un estado inicial o parcial de desagregación entre sus dos psiquismos, desagregación que está muy habituado a producir y a suprimir, y que le hace especialmente apto para recibir inconscientemente sugerencias mentales mías o de otros individuos capaces de producirlas.

O... es conducido por impulsos que tienden a llevarle en una dirección, los cuales tienen su origen primitivo en mis representaciones del acto que pienso ha de hacer, y en las órdenes mentales repetidas que le envío para que lo ejecute.

O... no recibe mentalmente mis representaciones, ni las imágenes mías de los trayectos que ha de recorrer, ni del sitio adonde ha de ir, ni del objeto que ha de encontrar (reloj o machete), ni de lo que ha de hacer con el objeto; de nada de esto tiene representaciones ni conocimiento alguno hasta el momento en que lo hace.

No son actos voluntarios los que realiza, determinados por representaciones o imágenes mentales suyas, formadas por proyección mental de las mías transmitidas a O..., es una serie de actos automáticos cuyo origen, sucesión, término y finalidad ignora O... hasta que *siente*, automática o conscientemente, que los está realizando.

Terminado el acto cesa la desagregación entre sus dos psiquismos y vuelve a su estado normal.

La relación psíquica entre O... y yo parece ser una sugestión mental mía, a distancia, sin contacto, que él recibe y cumple automáticamente.

Esto no prejuzga si esa relación interpsíquica pura tiene o no tiene una fase intermediaria obligada, de energía física, entre mi psiquismo y el de O...

Reproducimos el esquema del profesor Grasset porque es un medio abreviado de expresar estas ideas, y siguiendo a Grasset podríamos decir: (Fig. 3, A y B).

Entre el centro O... de Onofroff y su polígono hay desagregación, y, por lo mismo, maleabilidad del polígono de O..., haciéndole apto para recibir sugerencias.

El centro automático K, del polígono de Onofroff es el que recibe directamente la influencia mental o sugestión mental del centro O... del agente que actúa con O...; es decir, que la sugestión no penetra por ninguna de las vías sensoriales, V, A, T, ni tampoco la recibe el centro O. del psiquismo superior de Onofroff.

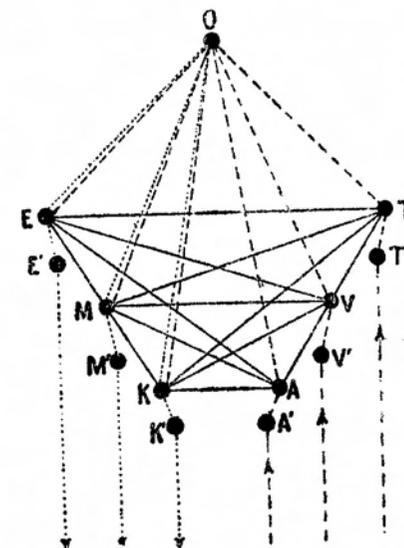


Fig. 3.—Schema complété du polygone.

E

### Breves comentarios

#### sobre el experimento hecho con la medium E...

Yo creo que una de las mejores experiencias que pueden hacerse en esta clase de investigaciones es la que hice en el Teatro Pradera, con la medium E...

Ni la medium, ni su agente A..., ni nadie, tuvo conocimiento

de la sugestión mental que *desde mi butaca, en silencio*, iba yo a producir sobre la medium E...

Me proponía anular la acción mental o sugestión de A... sobre E..., y que llevara a efecto la mía.

Un solo experimento, en las condiciones en que yo lo hice, no tiene las condiciones mínimas que exige la experimentación para darle validez científica. No puede servir más que para señalar la posible existencia de un fenómeno no conocido y una nueva orientación a seguir en sucesivas experiencias.

En la sugestión hipnótica es un hecho bien comprobado que de tal modo queda subyugado el hipnotizado a su hipnotizador que si éste le sugiere que no obedezca a ningún otro que intente hipnotizarlo, no le obedecerá; y algunas veces se les hace esta sugestión a los fácilmente hipnotizables, para evitar abusos.

Ahora bien, si las experiencias que yo hice con O... y con E... son de sugestión mental pura, sin utilizar las vías sensoriales para hacer penetrar la sugestión, hay aquí una radical diferencia, puesto que el individuo sugerido, la medium E..., que estaba recibiendo la influencia mental de A..., ha recibido también la mía; mas actúan de tal modo, que coinciden y se suman, produciendo un solo impulso en la misma dirección, cuando la medium se levanta de su taburete en el escenario y se dirige por el pasillo central hasta llegar cerca de la butaca del general, sin titubear; esto es, mientras que recorre un trayecto que es común a las dos sugestionen. Pero desde ese sitio divergen; para cumplir la mía ha llegado ya cerca del general, a quien debe quitar la flor del ojal y ponerla en el mío; para cumplir la de A..., tiene que continuar su camino para ir a realizarla mucho más allá, en una de las plateas más distantes del escenario; y resulta que no realiza ninguna de las dos; como si las dos influencias o sugestionen mentales, la de A... y la mía, se interfiriesen o inhibiesen mutua-

y alternativamente, la medium se para, queda indecisa, avanza o retrocede, pero no cumple ni uno ni otro de los dos actos sugeridos.

Esto parece apoyar lo que hemos dicho al hacer el análisis de las experiencias con O..., que los mediums en esta clase de experiencias no tienen representaciones ni imágenes de los actos que van a realizar; son solamente impulsos que los llevan automáticamente en una dirección.

## II

### Experiencias de visión a través de algunos cuerpos opacos

---

Con el título de «La luz negra o la visión a través de los cuerpos opacos publicó un libro en el año 1923, el ingeniero de minas, Sr. Menéndez Ormaza. En su mayor parte es una colección de artículos que aparecieron en *El Imparcial*, desde el 16 de febrero al 23 de marzo de aquel año. En ellos se refieren las experiencias hechas con persona a quien no se nombra y que, según el experimentador demuestra, esta persona tiene la propiedad o facultad de leer escritos encerrados en una caja metálica, ver la hora que marca un reloj a través de su tapa de oro y otros hechos parecidos, pero con la notable circunstancia de que el vidente tiene cerrados los ojos, tapados con torundas de algodón y vendados con un pañuelo.

Es verdaderamente singular el caso y para causar asombro; así no es de extrañar según nos cuenta el Sr. Ormaza, que hubiera comunicantes anónimos e interpelantes conocidos que negaran la realidad y exactitud de los hechos. Pero en la historia de las Ciencias Ocultas éste es uno de los hechos más antiguos que se citan considerándolo de lucidez o clarividencia, incluido después en la telepatía y, desde Richet, en la criptestesia.

Afortunadamente, para satisfacción del Sr. Ormaza, que hizo bien en consignar el hecho, confirmó el resultado positivo de las experiencias que presencié el ilustre ingeniero de

caminos Sr. Maluquer, autor de la teoría integral de la visión y de una interpretación de estos fenómenos basada en su teoría. Después también dieron su asentimiento hombres tan versados en las ciencias físicas como D. Blas Cabrera, profesor de electricidad y magnetismo en la Universidad de Madrid, y el eminente Torres Quevedo; y por último, médico y catedrático de tanta cultura, talento y perspicacia como mi sabio maestro, el Conde de Gimeno. Pero justo es decir que no todos los que han presenciado algunas experiencias o han leído los relatos de ellas se han convencido de la certeza del fenómeno.

Yo no tuve conocimiento de estos hechos hasta hace año y medio o poco más que adquirí el libro porque su título solicitó mi atención, y desde que lo leí formé el propósito de comprobar los hechos allí expuestos; mas como no tengo el gusto de conocer al autor, ni dice quién es la persona que goza de esa facultad, transcurrió algún tiempo sin que viera posibilidad de conseguir mis deseos.

Más tarde tuve ocasión de conocer, en una reunión de la Sociedad de Estudios Metapsíquicos, al Excmo. Sr. Marqués de Santa Cara, y por él supe que un hijo suyo, D. Joaquín Argamasilla de la Cerda y Elio, era con quien el Sr. Ormaza había realizado las experiencias de visión a través de los cuerpos opacos. Insinuando yo en nuestra conversación mi deseo de comprobarlas, tuve la satisfacción de que el señor Marqués de Santa Cara me hiciera la promesa de facilitarme ocasión de repetir las cumplidamente, alejando de mí toda idea de que a él o a su hijo pudiera molestarle en lo más mínimo.

La primera serie de experiencias fueron hechas los días 8, 9 y 10 de enero último, en el domicilio del marqués, asistiendo D. José García del Mazo, del Instituto Oftálmico y profesor auxiliar de la Facultad de Medicina de Madrid, y el Dr. López Prieto, radiólogo en Madrid.

Al describir las experiencias queremos dejar a los hechos el valor y la fuerza expresiva que de ellos trascienden cuando el experimentador se limita a relatarlos con el lenguaje más sobrio y preciso que le sea posible emplear; y al final se hará algún razonamiento inductivo, no para intentar una explicación, que yo ni remotamente me creo capaz de pensar en ella, ni sería prudente con tan escasas y todavía no sistematizadas experiencias, sino para situar científicamente estos hechos y determinar el orden de fenómenos a que parecen pertenecer sus semejanzas y diferencias con los mecanismos conocidos de nuestra visión normal en su fase físico-fisiológica, cuando las radiaciones luminosas inciden sobre la retina, y en la fase mental, cuando al cerebro y a la conciencia arriba la excitación y se produce la sensación luminosa y los fenómenos psíquicos que la siguen.

Siendo la visión a través de los cuerpos opacos fenómenos que nunca habíamos tenido ocasión de comprobar, las experiencias del primer día y aun las del segundo, aunque desde luego hechas con todo cuidado, sirvieron para orientarnos y adquirir algún hábito en la manera de conducir las. Tanto el Sr. Argamasilla como su padre tenían gran interés en que los médicos que realizábamos las experiencias utilizáramos cajas y relojes llevados por nosotros, además de utilizar los que allí tenían, y todos tres estuvimos conformes en cerciorarnos primeramente de si las experiencias eran positivas con las cajas y relojes que habitualmente utilizan.

Es regla experimental que no debe olvidarse, cuando por vez primera se estudia un fenómeno no conocido, fijarse bien en todas las condiciones que nos parece lo han producido, y repetirlo cuantas veces sea necesario, teniendo sumo cuidado de no variar esas condiciones hasta convencernos de que disponemos de un procedimiento seguro que nos permite reproducirlo cuantas veces queramos. Sólo entonces nos es permitido comenzar el análisis de cada una de esas condiciones

que creemos son determinantes, variando su intensidad, suprimiendo alguna o algunas sustituyéndolas por otras o introduciendo otras nuevas. Proceder de otro modo es entregarse al azar quizás al fracaso y seguramente a la incertidumbre. Y los fenómenos científicos son certísimos y tienen un determinismo riguroso.

*Nuestras experiencias.*—Han sido diez y ocho en los tres días. El mayor número ha consistido en leer papeles impresos encerrados en una caja de plata, y el menor número en percibir la hora que marca un reloj de oro cerrado con su tapa del mismo metal.

Para realizar las experiencias el percipiente salía de la habitación, quedando solos en ella con sus puertas cerradas, los tres médicos. Pensábamos entonces la manera de disponer el experimento, y una vez preparado, se llamaba al Sr. Argamasilla, se le ponían en los ojos unas buenas torundas de algodón hidrófilo, espesas y anchas que cubrieran toda la cavidad orbitaria, se le vendaba con un pañuelo de dobleces anchos convenciéndonos de que no era posible la visión a través del algodón y del pañuelo, y que los rayos luminosos que pudieran penetrar por los bordes del vendaje no podían llegar directamente al globo ocular. El percipiente ha manifestado diversas veces que cuando los rayos del sol se reflejan sobre la superficie de la caja de plata o de la tapa de reloj dirigiéndose después a sus ojos a través del vendaje, percibe de manera clara la impresión luminosa que por esta reflexión se produce en su visión, bien distinta de la impresión de opacidad que nota cuando no tiene lugar esa reflexión. Esto se hace constar porque parece que tiene mucha importancia para esta clase de visión el que los rayos luminosos directamente incidan sobre las superficies de la caja o del reloj, y por reflexión, atravesando el pañuelo y las torundas de algodón, penetren hasta la retina aquellas radiaciones que no son absorbidas ni por las telas ni por los párpados.

El sujeto sensible nos ha manifestado que en las experiencias que había hecho en cámara oscura o de noche en las habitaciones, sin luz alguna, no había conseguido la visión (1). Nosotros, coincidiendo con su deseo, procurábamos en estas experiencias que se pusiera en el balcón, a plena luz, dando la espalda al sol, pero de modo que los rayos solares se reflejaban, como hemos dicho, sobre las superficies de la caja o del reloj; también procurábamos hacer las experiencias en las horas de mayor luminosidad y nos ha parecido que los efectos positivos eran más seguros que ya en las horas en que el sol no iluminaba la estancia, y aun algún día, que el cielo estaba cubierto de nubes, coincidió que fué más difícil la visión, y en algunas experiencias nula.

Nosotros estábamos inmediatamente al lado del percipiente, observando con entera libertad sus menores movimientos, sin que en ningún momento ni el Sr. Argamasilla ni su padre, hayan tenido la menor dificultad ni mostrado la más pequeña contrariedad por todas las pesquisas y observaciones que nos haya parecido conveniente practicar para nuestra mayor seguridad en el juicio.

*Algunas de las experiencias con dos relojes de oro.*— Los relojes estaban parados y sin cuerda con el fin de que dicha por el percipiente la hora que marcaba, no variase hasta el momento de abrirlo y comprobar su exactitud.

*Primer experimento.*—Cerrada la tapa de la esfera, uno de nosotros abre la tapa posterior y con la llavecita da varias vueltas a las agujas, ocho o diez vueltas, pero como está cerrada la tapa de la esfera, ignoramos que hora han quedado marcando las agujas. Se entrega el reloj al Sr. Argamasilla y al cabo de dos o tres minutos dice algo desalentado que le parece que ve una aguja en las once y que no ve la otra;

(1) Al principio de haberse notado esta facultad me parece recordar que me dijo que alguna vez logró ver de noche.

insistimos en que diga lo que vea, y poco después contesta que le parece que las dos agujas se hallan sobre las once. Abrimos el reloj y se comprueba que las dos agujas están sobre las once. Parece natural pensar que sus dudas del principio obedecían a que, por estar bien superpuestas las agujas, no veía más que una y le desanimaba el creer que no veía la otra. Si no insistimos, hubiera suspendido el experimento desconfiando del éxito y se habría considerado incompleto.

*Segundo experimento.*—Reloj de oro con labores en la tapa. Vemos la hora que marca y se dan vueltas a las agujas con la llavecita para comprobar que gira; cerramos la tapa y otra vez se dan unas cuantas vueltas a la llavecita. Se llama al Sr. Argamasilla y después de vendarle los ojos se le entrega el reloj. Hace varios intentos para conseguir ver la hora y nos dice: «que ve la aguja pequeña al lado de las cuatro... entre las tres y las cuatro, y la otra al otro lado de las cuatro, y que marcan las tres y veintidós». *Sin quitarse el pañuelo* ni separar el reloj de la posición y distancia a que lo tenía de los ojos, lo fué bajando lentamente para no desenfocar lo que veía, según él dice, hasta apoyarlo sobre la mesa; pidió una pluma para trazar sobre la tapa cerrada la proyección de las agujas; trazó con números romanos las tres y las cuatro y la posición de las agujas. Abrimos el reloj y la figura que el Sr. Argamasilla, *con los ojos vendados*, había trazado sobre la tapa era proyección exacta, por su posición, de la hora que marcaba el reloj, las tres y veintidós.

Teniendo los ojos descubiertos, cualquiera puede trazar sobre la tapa de un reloj la proyección de las agujas marcando las tres y veintidós, porque en la mayoría de los relojes sabemos que las doce corresponden a la anilla y las tres a la extremidad derecha del diámetro transversal. En este reloj ocurría lo contrario, las tres correspondían a la anilla; mas como el reloj era del padre del percipiente y ha hecho

otras muchas experiencias con él, este detalle seguramente lo conocía.

Lo difícil, aunque se conozca el reloj, es trazar esa proyección teniendo vendados los ojos con gruesas torundas de algodón debajo del pañuelo, cogiendo el reloj con la mano izquierda entre el índice y el pulgar, tomando la estilográfica con la derecha, sin tantear antes dónde estaba el borde derecho y dónde el centro del reloj y, en fin, bajando el reloj lentamente, sin variar la distancia que le separaba de los ojos, *para no desenfocar*, hasta colocarlo sobre una mesa, habiendo cogido yo sus brazos para guiar este movimiento. Téngase presente que la posición de la cabeza inclinada, mirando el reloj que está sobre la mesa, da lugar a que las líneas visuales de ambos ojos dirigidas hacia el reloj necesariamente pasen por todo el espesor de las dos torundas de algodón y del pañuelo, a los cuales atraviesan. Ya sé que Sir Olivier Loge dice en «La Survivance humaine», traducción francesa, página 32, que son necesarias muchas precauciones en estos casos, según han demostrado los miembros de la Sociedad para Investigaciones psíquicas, de Londres.

*Tercer experimento.*—Cogemos el reloj de tapa lisa, miramos la hora, señala la una y lo anotamos. Cerramos la tapa de la esfera, abrimos la posterior y con la llave damos unas cuantas vueltas, ignorando, como es natural, la hora que habrán quedado señalando las agujas. Entregamos el reloj al percipiente y después de breves intentos vió muy pronto y dijo: «Apunta veintitrés minutos... una aguja apunta a las nueve... la otra... a mí me parece que veo tres agujas... ah! será una sombra porque muevo el reloj y no varía... son las nueve menos veintidós... o las ocho menos cuarto, porque no distingo cuál de las agujas es más larga». Terminado el experimento abrimos el reloj y se comprueba que marca las nueve menos veintitrés minutos.

*Cuarto experimento.*—Utilizamos el reloj de tapa labrada,

comprobamos que marca las cuatro menos veintidós, cerramos la tapa anterior, abrimos la posterior y con la llavecita damos varias vueltas, ignorando, como en la prueba anterior, la hora que señalarán. Se entrega el reloj al Sr. Argamasilla y muy pronto vé y dice: «la una menos cuarto y el segundero marca treinta y cinco a cuarenta segundos». Antes de abrir la tapa ha trazado sobre ella con tinta la dirección de la aguja del segundero. Abrimos la tapa de la esfera y se comprueba que señala la hora dicha, con la diferencia de que marca cuarenta y cinco segundos. Esta pequeña variación de los segundos nos hemos dado cuenta que obedece a que al mover el reloj avanza unos segundos el segundero, y como desde que dijo los segundos que marcaba, hasta que se abrió, se hicieron los movimientos propios de cogerlo y pasar de una mano a otra, avanzó la aguja del segundero esos segundos de diferencia. La prueba está también en que el trazo con tinta que hizo sobre la tapa antes de abrirla, era proyección de la dirección de la aguja marcando los treinta y cinco segundos. El mismo percipiente se quedó sorprendido, cuando vió que la dirección de la aguja no estaba en la posición que él creía haberla visto, y fué cuando nos fijamos en que un pequeño movimiento o sacudida dado al reloj, hacía avanzar esos cuatro o cinco segundos a la aguja.

*Experiencias de lectura de papeles impresos encerrados en una caja de plata pura.*—Las dimensiones interiores de esta caja (Fig. 4) son: largo 243 milímetros, alto 53 milímetros, ancho 61 milímetros; el espesor de la tapa es de un milímetro, y a través de ella lee el Sr. Argamasilla un papel escrito colocado en el fondo de la caja. Esta tapa ajusta perfectamente, teniendo en todo el contorno de su cara inferior una lámina de plata de un centímetro de ancha, a modo de pestaña, que queda encajada interiormente contra las paredes de la caja cuando aquella se cierra; lleva dos pestillos, cerrándose uno con una clavija y otro con un candado. No es

posible en estas condiciones entreabrir la tapa para que por la rendija se pueda leer un papel colocado en el fondo. Hemos hecho la prueba de que es necesario levantar la tapa centímetro y medio para que por la rendija que queda se vea el ángulo diedro posterior del fondo de la caja, y así aun no se ven las letras de los papeles que se colocan en el fondo. Además, cerrada como hemos dicho con su candado, no se puede levantar nada la tapa, lo impiden la clavija y el candado.

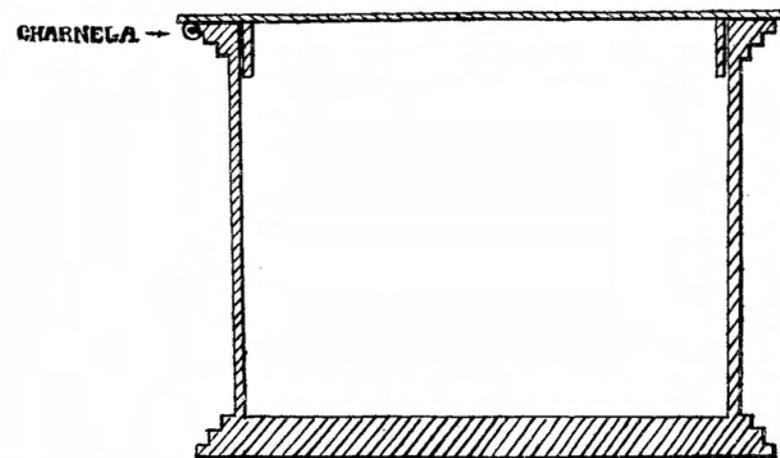


Fig. 4.—Caja de plata.

Estas experiencias, como las de los relojes, se preparaban quedando solos en la habitación los tres médicos; acordábamos entonces qué papel habíamos de introducir en la caja y, una vez cerrada con su candado, se llamaba al percipiente, se le cubrían los ojos con las torundas de algodón y con el pañuelo y se le entregaba la caja. He aquí cuatro experiencias realizadas en esas condiciones, que nos parecen concluyentes.

1.<sup>a</sup> De un periódico se corta un trozo, sin que ninguno veamos lo que está escrito, y se entra en la caja. Se llama al percipiente y se le entrega, y después de varios intentos dice que ve caracteres que se parecen mucho a los de las hojas de calendario de las experiencias anteriores, que son letras

mayúsculas. Empieza a leer y dice: «Vista de..... una causa». Agrega que hay tres tipos de letras y que por abajo el *borde no es recto sino arqueado*. Preguntado qué longitud aproximada tiene lo que ha leído vuelve a mirar y contesta que unos 14 centímetros. Se abre la caja y se comprueba que es exacto todo lo que ha dicho; se mide el renglón leído, que es de mayúsculas, y tiene 12 y medio centímetros; debajo hay otro de minúsculas de tipo más pequeño, y debajo otro renglón, también de minúsculas y de tipo aun más pequeño (Fig. 5).

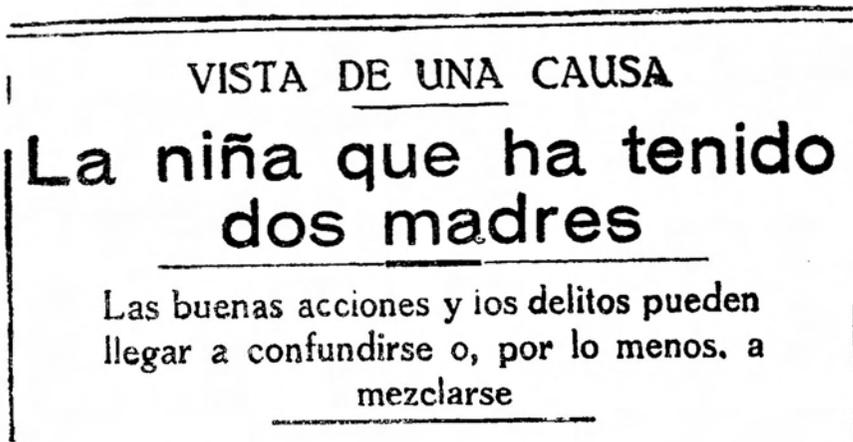


Fig. 5.—Recorte de periódico.

2.ª Introducimos en la caja la cubierta de un taco de calendario de papel blanco y escrito solamente —1927— con números altos, de trazos gruesos y con tinta azul muy oscura. Este calendario lo había llevado yo envuelto en un papel, desenvolviéndolo en el momento de arrancar esa primera hoja y entrarla en la caja. En este experimento los tres vimos y leímos el número que estaba escrito. Se llama al Sr. Argamasilla y se le entrega la caja cerrada, una vez vendado. A los dos o tres minutos dice que ve escrito 1927 con tinta *negra*, números altos y de trazos gruesos, y que va a dibujar su forma antes de abrir la caja; pero le invitamos a que diga

si el conjunto del número es más alto que ancho o viceversa, contestando es más ancho; *nosotros tres creíamos lo contrario* y le invitamos a que se fije, e insiste en que es más ancho que alto. Quitándose el pañuelo trazó en un papel las cifras de la misma forma que eran haciendo notar que el trazo descendente del 7 era muy oblicuo hacia la izquierda y para dar idea de las dimensiones trazó debajo una flecha y a la izquierda otra (Fig. 6).

Abierta la caja se comprobó la exactitud de todo lo que había dicho, excepto que el color era azul oscuro y él dijo negro. La anchura es de 31 milímetros y la altura de 25;



Fig. 6.—Cubierta de calendario.

A, la hoja original.—B, cómo lo representó el percipiente.

luego estaba más seguro que nosotros en las dimensiones relativas del ancho y el largo.

Una observación muy interesante de este experimento fué que, en cuanto empezó a mirar, dijo que el papel era convexo; y así es, porque esta hoja de cubierta del calendario tiene el número en un papel fino pegado a otro grueso, sin duda por la retracción de la goma la forma es convexa y no plana. Este hecho de notar en seguida si el papel es plano o no, se ha comprobado en otras experiencias. En una de ellas, al entrar el papel en la caja, como lo hacíamos sin mirar, cerrada la tapa quedó cogida una esquina del trozo de papel, volvimos a abrirla e introdujimos y colocamos bien el papel.

Cuando en este experimento entregamos la caja al percipiente lo primero que notó fué la doblez del papel.

**AGOSTO**  
**15**

SEMANA 34 ☉ Menguante el 18

**LUNES**

Fig. 7.—Hoja de calendario.

Advertencia. El número 15 está en rojo por ser día festivo.

3.<sup>a</sup> Se introduce en la caja una hoja del calendario que yo había llevado, viendo nosotros cuál es. Entregada la caja al Sr. Argamasilla, después de varios tanteos dice que había un número en rojo que es el 15, que abajo leía lunes, y arriba agosto. Todo era exacto (Figura 7).

4.<sup>a</sup> De en medio del taco del calendario cojo unas cuantas hojas, sin que ninguno las veamos; las corto del ancho de la

caja valiéndome de la del experimento anterior sobrepuesta.

Saco una del grupo sin mirarla y la introduzco en la caja, procurando que quede bien plana. Entregada la caja al Sr. Argamasilla muy pronto logra ver y dice que todo lo escrito es negro, que arriba hay un letrero corto, y lee «mayo», el número el 16, y que abajo no conseguía leer el día de la semana. Abierta la caja se comprobó que es la hoja del 16 de mayo, las letras y el número escritos con tinta negra, y que el día de la semana, que no había conseguido leer, era lunes, pero las letras estaban cortadas por la mitad (Fig. 8).

**MAYO**  
**16**  
SEMANA 21 ☉ Llena hoy  
**LUNES**

Fig. 8.

Hoja de calendario (16 de Mayo).

No acertamos a imaginar qué objeciones se pueden hacer a unas experiencias tan sencillas y tan fáciles de observar en todo momento, tan cerca como se quiera del percipiente y dando el sol de lleno sobre la caja o sobre los relojes. En el último experimento de los relojes, lo tuvo cogido solamente con la mano derecha por la anilla y el resto del contorno completamente al aire libre, de manera que se podía comprobar, sin ninguna dificultad, que la tapa estaba perfectamente cerrada. La posición de los relojes o de la caja es tal que las líneas visuales del percipiente hieren perpendicularmente sobre las superficies de los objetos, produciendo solamente ligeros cambios de oblicuidad como para sorprender el momento en que percibe alguna luminosidad, pero nunca mira por las márgenes de la caja o del reloj. Aproxima y aleja la caja o los relojes tanteando siempre al percibir la luminosidad, a una distancia entre 12 ó 15 centímetros a 25 ó 30. Cuando ha conseguido percibir esa luminosidad, procura con gran cuidado no volver a variar la distancia ni posición de la caja o del reloj que está mirando.

Gracias a la bondad del Marqués de Santa Cara, y de su hijo, continuaremos las experiencias, variándolas después de repetir las anteriores con otros relojes y otras cajas.

Hasta tener reunidas mayor número de experiencias suspendemos nuestro juicio sobre la interpretación de estos fenómenos, que ya hemos dicho no los consideramos metapsíquicos (1).

(1) Hace meses que tenemos escritas estas cuartillas; después hemos leído el libro del Marqués de Santa Cara, «Un tanteo en el misterio», y en un Apéndice encontrará el lector antecedentes respecto a la visión de su hijo. Por mi parte he de manifestar que alabo la conducta del marqués de no haberme comunicado nada de los estudios que él tenía hechos, sin duda a fin de dejar en entera libertad mi juicio al realizar yo las experiencias.

En ese Apéndice, dice el Marqués de Santa Cara que fué él quien observó primeramente la visión a través de los cuerpos opacos que posee su hijo, en Noviembre de 1922, y que la ha denominado *metasomoscopia*.



Suponiendo que se publicarían en estos días las reformas de la enseñanza universitaria, hemos dejado para el final lo que debió ir al principio. Mas no habiendo tenido estado oficial todavía, nos limitaremos a consignar que según la ponencia publicada en la prensa, entre las reformas está incluida la división de la enseñanza de la Fisiología en dos cursos. Si al fin llega a implantarse, tendremos la satisfacción de ver llevada a la práctica una reforma por la que venimos abogando ante los poderes públicos hace ya varios años, y que tenemos gran esperanza que ha de mejorar considerablemente la cultura médica y la preparación clínica y técnica de los futuros médicos.

En ninguna Universidad extranjera existen estos estudios de Fisiología como nosotros hemos propuesto hace ya años. Si se llevan a la práctica no habremos copiado; por esta vez seremos originales.

\*\*\*

Voy a terminar con una nota que supongo será grata para todos los que honran este acto con su presencia. Tengo la gran satisfacción y alegría de decir que en el año que me ha correspondido leer el discurso inaugural, hasta hoy, 11 de septiembre, no tenemos que lamentar, en el año escolar que finará, la ausencia definitiva de ningún claustral ni por traslado, ni por jubilación, ni por fallecimiento, y sí tenemos que felicitarnos por haber venido a formar parte de nuestra Universidad el catedrático de Clínica Quirúrgica, don Leopoldo Morales y Aparicio, hijo espiritual de ella y cuyas condiciones pedagógicas, ciencia quirúrgica y habilidad técnica están consagradas por la experiencia.

HE DICHO.

## BIBLIOGRAFÍA

Solamente indicamos las obras más modernas sobre fenómenos metapsíquicos, en las cuales se encuentra abundante bibliografía.

*Tratado de Metapsíquica.*—**Ch. Richet.** (Traducción española de la segunda edición francesa.

*La Télépathie.*—**R. Warcollier.**

*Les Phénomènes dits de Matérialisation.*—**Juliette Alexandre-Bisson.**

*Les Phénomènes Physiques de la Médiumnité.*—**D'Albert de Schrenck-Notzing.**

*El Conocimiento Supra-normal.*—(Traducción española). **Dr. Eugéne Osty.**

*La realidad de los fenómenos psíquicos.*—(Traducción española).

**W. J. Grawford.**

*La survivance humaine.*—**Sir Oliver Lodge.** (Traducción francesa de la tercera edición inglesa).

*Raimundo o la vida y la muerte.*—(Traducción española). **Sir Oliver Lodge.**

*Los fenómenos de hipnotismo y espiritismo.*—(Traducción española).

**César Lombroso.**

*Las Ciencias Ocultas.*—(Traducción española) **Schopenhauer.**

*Un tanteo en el misterio.*—**Marqués de Santa Cara.**

*La Ectoplasmia y la Clarividencia*—(Traducción española). **Doctor G. Geley.**

*L'être Subconscient.*—**Dr. G. Geley.**

*De L'inconscient au conscient.*—**Dr. G. Geley.**

*Les Phénomènes Psychiques.*—**J. Maxwell.**

*L'intelligence.*—**B. Bourdon.**

*Psychologie du R'aisonnement.*—**Eugenio Rignano.**

*La Volonté.*—**Fr. Paulhau.**

*L'automatisme psychologique.*—**Dr. P. Janet.**

*Los Fenómenos psicológicos.*—**Rvdo. P. Arnáiz.**

- El ocultismo ayer y hoy* —(Traducción española). **Dr. J. Grasset.**  
*Le psychisme inférieur.* —**Profesor Dr. Grasset.** (Segunda edición).  
*L'Hipnotisme et la Suggestion.* —**Profesor Dr. Grasset.**  
*L'Energie* —(Traducción francesa de la alemana). **W. Ostwald.**  
*La visión al través de los cuerpos opacos* —**J. Menéndez Ormaza.**  
*La Photographie des Radiations Invisibles.* —**M. A. M. Chanoz.**  
*La Célérité des ébranlements de l'éther.* —**L. Décombe.**  
*Les rayons ultra-violets en Thérapeutique.* —**Dr. J. Saidman.**  
*Artc. del Dic. de Physiologie de Richet* —**Lumière.**